

se nos haga cargo de los homenajes que hemos quitado á la divinidad, de los corazones que hemos separado de su servicio, de las almas que hemos perdido con nuestros malos ejemplos, de las gracias que hemos desperdiciado, y de los misterios que hemos profanado? Es cosa indigna de decirse; pero es preciso decirla. ¿No es cierto que aquí es donde se fomentan las amistades mas peligrosas con vistas y conversaciones torpes, donde se hacen tratos ilícitos que no hay facilidad de hacer en otra parte, convirtiendo la casa de Dios en parage de citas amorosas, en una palabra, donde se cometen irreverencias de todo género? ¿Qué diremos de las mugeres que se presentan en esta casa de recogimiento y de oracion, con atabíos tan indecentes, con acciones tan descompuestas, con miradas tan atractivas? ¿No podremos decir con verdad que han hecho de los templos cuevas de ladrones donde van á robar á Dios la adoracion, y á muchos jóvenes la inocencia? Venid, Señor, y purificad nuestro templo.

La casa de Dios es casa de oracion, y exige todo nuestro respeto. El mismo Dios en persona habita en ella para estar con los hijos de los hombres. El se digna honrarla con su presencia adorable en el Sacramento. Los cielos no le exceden en riqueza; prometió sus auxilios y su gracia á todos los que le presenten en ella su corazon. Procuremos, pues, al entrar en el templo poseernos enteramente de la conviccion de que nuestro Dios está allí siempre presente para escuchar nuestros votos y dispensarnos piadoso y compasivo los socorros que le pidamos. En ellos podemos llorar con seguridad de ser consolados; exponerle con fé nuestras enfermedades y trabajos, ciertos de ser remediados. Presentándonos con devocion y respeto, saldremos con utilidad y con fruto. No entremos á los templos sin detestar sinceramente nuestros pecados, ni salgamos de ellos sin procurar con nuestra devota oracion, reparar las ofensas pasadas. Trabajemos por tanto para que nos atienda con nuestra reforma de costumbres. No sean ya motivos de vanidad, de curiosidad é impureza los que nos conduzcan á su santa casa, sino el deseo de respetarle y adorarle como único verdadero Dios de los cielos y de la tierra.

DOMINGO DECIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.

El décimo domingo despues de Pentecostés se llama el domingo de la humildad, ó del fariseo y el publicano, á causa del evangelio que se lee en la misa, en el cual Jesucristo hace el paralelo del fariseo soberbio y del humilde publicano. Se conoce bastante que el designio del Salvador en esta parábola es enseñarnos que sin humildad no hay ni inocencia ni justicia ni virtud cristiana. La epístola es como el prelude de esta parábola, y confirma la necesidad que tenemos de esta importante virtud, sin la cual todas las otras son defectuosas. El introito no dice menos relacion á esta virtud, inspirándonos una humilde confianza en la bondad de aquel Dios, que es al mismo tiempo nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro Padre. Como el Evangelio nos representa dos hombres que oran muy diferentemente en el templo, la Iglesia nos dá en el introito de la misa un modelo de oracion muy conforme al que nos presenta el humilde publicano.

“Luego que clamé al Señor oyó mi voz, esto es, mi oracion, librándome de los que no se arrimaban á mí sino para hacerme mal: el que es ante todos los siglos y será eternamente, los humilló. Pon en Dios tus cuidados, y él te alimentará. Oye Dios mio mi oracion y no deseches mi ruego; dignate considerar el estado en que me veo, y no me niegues la asistencia que imploro.” Estas palabras se tomaron del salmo cincuenta y cuatro. Viéndose obligado David por la rebelion de su hijo Absalon á salir de Jerusalem, representa á Dios su triste é infeliz estado y le pide su ayuda. Este salmo, en el sentido figurado, conviene perfectamente á Jesucristo. David destronado y echado de Jerusalem representa al Salvador, arrojado y entregado á la muerte por los judíos. Absalon, á la cabeza de los rebeldes, representa á los sacerdotes sublevando al pueblo contra el Salvador. Finalmente, la traicion de Achitophel,

dicen los intérpretes, representa la de Júdas. Nótese que David en una y otra fortuna jamas estuvo sin cruz y sin tribulacion, aunque siempre fué un hombre segun el corazon de Dios, y siempre procuraba cumplir fielmente con sus obligaciones. ¡Qué no tuvo que sufrir de parte de Saul contra toda justicia! Colocado sobre el trono, victorioso de todos sus enemigos, ¡qué no tuvo que sentir y que sufrir de parte de su propio hijo! Allá, desterrado de la corte, perseguido, errante por los desiertos; aquí, precisado á salir de su capital y huir á pié por no verse entregado á los insultos y á la inhumanidad de un hijo rebelde. Así templa Dios y mezcla de sinsabores las dulzuras de esta vida en sus escogidos. Los sostiene en sus humillaciones, á fin que una série no interrumpida de prosperidades no corrompa su corazon, y para que la soberbia no los haga indignos de sus gracias.

La epístola de la misa se tomó de la primera carta de San Pablo á los corintios, donde el santo apóstol explica y dice quiénes son los que tienen el Espíritu de Dios, y quiénes son los que no lo tienen. Lo que dió ocasion al apóstol para escribirles lo que dice en esta carta, fué lo siguiente. En los primeros días de la Iglesia, el Espíritu Santo repartia liberalmente sus dones de una manera sensible en la mayor parte de los que se bautizaban. El don de lenguas era frecuente en los recién convertidos, el de milagros no era mas raro. Véanse una multitud de fieles á quienes el Espíritu Santo les daba ciencia infusa y la gracia de curar toda suerte de enfermedades; pero como el hombre abusa tan frecuentemente de los mas insignes dones de Dios, muchos no siempre hacian el uso que debian de estos dones espirituales, abusando de sus ministerios con notable desdoro de la religion. Es verdad que la mayor parte los empleaban en la conversion de los gentiles y en instruir y edificar á los fieles; pero otros abusaban de ellos para fomentar su vanidad, hacian ostentacion de ellos y se gloriaban de una cosa que era un puro don de Dios. Los que hablaban diversas lenguas, se interrumpian frecuentemente unos á otros en las juntas, y algunas veces hablaban tres ó cuatro á un tiempo;

los que habian recibido dones mas excelentes, se llenaban algunas veces de presuncion y parecian menospreciar á los otros: por el contrario los que los habian recibido menores, tenian zelos muchas veces de aquellos que los habian recibido mas brillantes. Los mas prudentes y mas bien intencionados de los corintios escribieron con esta ocasion á San Pablo para preguntarle qué uso se debia hacer de los dones espirituales, y cuáles eran las señales para conocer el Espíritu de Dios, y por qué medio podrian corregirse unos abusos tan contrarios al verdadero espíritu del Evangelio.

Bien sabeis, les responde el santo apóstol, que mientras estuvisteis en las tinieblas del paganismo, os dejabais conducir como unos ciegos por aquellos que os llevaban á los ídolos, á aquellas estatuas mudas é incapaces de haceros algun bien. Os digo, pues, que entonces no teniais el Espíritu de Dios y que solo estabais animados del espíritu del demonio, que jugaba con vuestra flaqueza y con vuestra necesidad. Los que dicen anatema á Jesucristo, es decir, los que niegan su divinidad y rehusan reconocerlo por el Señor del universo, por el único verdadero Dios, Salvador, Redentor del linage humano, y verdadero Mesías, como son los idólatras, los judíos, y como vosotros mismos lo haciais en otro tiempo, los que esto hacen no tienen el Espíritu de Dios. Al contrario, los que reconen al Señor Jesus, los que veneran su nombre, los que lo adoran como á su Dios, los que lo aman como á su Redentor y Salvador, los que le sirven como á su soberano Señor (como no pueden hacer esto sin ser inspirados de Dios), estos tales tienen el Espíritu de Dios; porque nadie puede conocer á Jesucristo por el Mesías, por el Señor del universo, por el verdadero Hijo de Dios, por el Salvador de los hombres, ni adorarle y servirle como á tal, sin ser inspirado del Espíritu Santo. La fé es un don de Dios, y solo el Espíritu de Dios puede hacernos creer las verdades cristianas, como solo el espíritu de tinieblas es quien nos hace dudar de las verdades de la religion y nos induce á el error.

Por mas diferentes que sean estos dones espirituales, todos

necen de un mismo principio. El Espíritu Santo es quien los comunica como le place y á quien le place. Todos estos dones son igualmente preciosos por mas que sean diferentes los ministerios; no hay empleo en la Iglesia que no sea honroso y que no deba referirse á la comun utilidad de los fieles y á la gloria del Señor. Dá aquí San Pablo esta leccion á los corintios, porque los que tenian los empleos superiores menospreciaban algunas veces á los inferiores. Los ministerios son diferentes: unos están elevados al sacerdocio, otros al obispado; aquellos sirven en una clase y grado inferior, estos en funciones todavía menos brillantes; sin embargo, todos son ministros del mismo Señor, todos concurren al mismo fin, todos pertenecen al mismo dueño, y aunque los empleos sean diferentes, las funciones son igualmente santas por la santidad del ministerio que se ejerce.

Las operaciones son diversas, pero un mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos. El apóstol parece distinguir aquí estos dones espirituales en gracias, en ministerios y operaciones. Las gracias se atribuyen á la bondad del Espíritu Santo, dice un erudito intérprete; los diferentes ministerios para el gobierno de la iglesia, á la sabiduría del Hijo; los milagros y las operaciones al poder del Padre: pero en estas tres adorables personas hay una misma bondad, una misma sabiduría, un mismo poder, así como hay una misma divinidad. Como los ministerios están repartidos, así lo están las gracias para cumplir con ellos; pero Dios pide á todos los que lo reciben, el mismo agradecimiento y la misma fidelidad. A cada uno se le da el don visible del Espíritu Santo para algun bien. Este don es un talento que no se debe enterrar; se debe hacer que sirva para la utilidad pública: ¡qué abuso tan criminal, el apropiársela á sí quien lo recibe, y no hacerlo servir sino á la vanidad y al interes!

Despues de esto nos hace el apóstol una individual enumeracion de estas gracias particulares. El Espíritu Santo, dice San Pablo, concede á uno que hable el lenguaje de la sabiduría, el cual en rigor no es otra cosa que el don de consejo; á

otro el lenguaje de la ciencia, que es el don de inteligencia, á otro da el mismo Espíritu Santo la fé, es decir, aquella viva y firme confianza en Dios, por la cual estamos seguros que no nos negará su asistencia, cuando nos sea necesaria para obrar las cosas mas prodigiosas, la cual, hablando con propiedad, es el don de milagros; á otro le da la gracia de las curaciones, de sanidad, y á veces el don de resucitar los muertos; á este el don de profecía, el de predecir lo venidero, y el interpretar las divinas escrituras, á algunos la discrecion de espíritus, tan necesaria para el gobierno y direccion de las almas, á otros el don de lenguas, y el de entenderlas aunque no las sepan hablar. Pero todas estas cosas las obra el mismo Espíritu Santo, repartiéndolas á cada uno de los fieles conforme le place. El Espíritu Santo divide y reparte sus dones, dice el mismo intérprete, á fin que teniendo los fieles necesidad unos de otros se unan mas estrechamente entre sí.

El Evangelio de la misa es del capítulo diez y ocho de San Lucas, en el cual el Salvador refiere una parábola de las mas instructivas, la cual, por la contraposicion del fariseo soberbio y del humilde publicano, nos hace una verdadera pintura de la humildad cristiana y del vicio contrario, y nos enseña cuales son sus respectivos efectos.

Instruyendo el Hijo de Dios al pueblo que se habia juntado al derredor de él, vió á algunos de los que aparentaban mas regularidad y se lisonjeaban tener una vida mas ejemplar, los cuales le oian con bastante atencion; á estos fué principalmente á quienes dirigió esta parábola, en la que se ve la eficacia y valor de la humildad. “Dos hombres, les dijo Jesucristo, subieron un dia juntos al templo á hacer oracion: el uno era fariseo y el otro publicano.” El fariseo en lugar de orar y de humillarse delante del Señor, se puso á exagerarle á Dios la justicia de sus obras, estándose en pié decia dentro de sí mismo. “Gracias os doy, Señor, porque no soy como los demas hombres, y particularmente como este publicano. Este y los otros son unos ladrones, unos adúlteros; en cuanto á mí, soy muy religioso, ayuno dos veces á la semana, ademas de los dias de

ayuno de obligacion. Yo doy la décima de todos mis bienes, no solo de los frutos mas principales de la tierra, como está mandado por la ley, sino tambien doy por supererogacion la décima de la menta, del aneto, del comino y de las legumbres menores. Finalmente, me distingo de los demas hombres por mi exacta probidad y hombradía de bien." ¿Qué hallais en esta odiosa ostentacion, dice San Agustin, que tenga ni aun una sombra de oracion y de súplica? Viene á suplicar y se alaba á sí mismo. Esto mismo hacen todos los hereges, vana ostentacion de regularidad y de pretendida reforma, declamaciones orgullosas contra los abusos, eternos lamentos sobre la relajacion.

El publicano se habia quedado á la entrada del atrio de los judíos, no atreviéndose ni aun á levantar los ojos al cielo, y dándose golpes de pecho, el corazon contrito y humillado no cesaba de repetir estas palabras: "Señor, tened misericordia de mí, que soy un tan gran pecador." Esta señal del dolor de los pecados, y esta muestra de penitencia que se da golpeándose el pecho, no es ordinaria solamente en la iglesia; lo era tambien en la Sinagoga, como se ve por este pasage del Evangelio. Veis aquí dos súplicas bien diferentes, pero no fueron menos diferentes sus respectivos efectos. El publicano, dice el Salvador, se fué á su casa justificado. Dios que oye con tanto mas gusto la oracion de los humildes, cuanto mira con mas horror á los soberbios, se apiadó del humilde publicano, aceptó su arrepentimiento, oyó sus votos, despachó favorablemente su súplica, y le perdonó allí mismo todos sus pecados; reprobando al mismo tiempo al orgulloso fariseo, el cual por su imprudente vanidad, puso el colmo, por decirlo así á su iniquidad y á su malicia. Al entrar en el templo, quizá el publicano era mas gran pecador que el fariseo; pero al salir del templo el publicano se encontró justificado, y el fariseo salió mas culpado; *porque cualquiera que se ensalza, concluye el Salvador, será humillado, y cualquiera que se humilla será ensalzado.* Ninguna cosa debe humillar tanto al hombre, como su orgullo: solo bajándose hasta su nada encuentra el hombre el

fundamento de una verdadera grandeza, y el secreto de levantarse y ensalzarse.

La epístola es del capítulo XII de la primera de San Pablo á los corintios.

Hermanos: Bien sabeis vosotros que cuando érais paganos os ibais en pos de los ídolos mudos, segun érais conducidos. Ahora, pues, yo os declaro que ningun hombre que habla inspirado de Dios dice anatema á Jesus; ni nadie puede confesar que Jesus es el Señor, sino por el Espíritu Santo. Hay, sí, diversidad de dones espirituales; mas el espíritu es uno mismo. Hay tambien diversidad de ministerios; mas el Señor es uno mismo. Hay asimismo diversidad de operaciones; mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos. Pero los dones visibles del Espíritu Santo, se dan á cada uno para la utilidad. Así el uno recibe del Espíritu Santo el don de hablar con sabiduría; otro recibe del mismo Espíritu el don de hablar con ciencia: á éste le dá el mismo Espíritu una fé; al otro la gracia de curar enfermedades por el mismo Espíritu: á quién el don de hacer milagros; á quién el don de profecía; á quién discrecion de espíritus; á quién don de hablar varios idiomas; á quién el de interpretar las palabras: mas todas estas cosas las causa el mismo indivisible Espíritu, repartiéndolas á cada uno segun quiere.

El evangelio es del capítulo XVIII de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á ciertos hombres que preciaban de justos y despreciaban á los demas, esta parábola: Dos hombres subieron al templo á orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pié, oraba en su interior de esta manera: O Dios, yo te doy gracias de que no soy como los demas hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano; ayuno dos veces á la semana y pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contra-

rio, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo, sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mio, ten misericordia de mí, que soy un pecador. Os declaro, pues, que éste volvió á su casa justificado; mas no el otro, porque todo aquel que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

MEDITACION.

Sobre la disposicion necesaria para orar bien.

Considera que la oracion que hacemos á Dios, si carece de las circunstancias que le son esenciales, en vez de serle agradable lo ofende, y tanto, que muchas veces es un insulto que se hace á su soberana magestad. No es menester para esto que la peticion sea inícuo ó torpe en sí misma; basta que se haga con un corazón soberbio, como el del fariseo de la parábola que contiene el evangelio de hoy, para que sea ofensiva á Dios y grave la pobre alma del que así se atreviere á orar al Dios de la santidad. Ni se crea que es raro semejante modo de tener oracion, pues por desgracia es muy crecido el número de las almas ilusas, que no se ponen en la oracion sino para contentarse de sí mismas y justificarse ante sus propios ojos, santificando una conducta que Dios reprueba ciertamente, pero que á tales almas parece de todo punto sanaeda y digna del agrado de Dios y de su eterna recompensa.

Considera que muy al contrario de lo que acabamos de meditar se nos ofrece en el ejemplo del humilde publicano que oraba á Dios pidiendo misericordia, la base fundamental y necesarísima para orar bien, que es la humildad; pues no solo se ve en ella la disposicion indispensable para conseguir la gracia, sino que contiene en sí ó abre camino á todas las demas disposiciones, como son la sinceridad, la verdad, el recurso á Dios, el deseo de alcanzar lo que se pide, la esperanza de conseguirlo, en una palabra, toda disposicion que no es otra cosa que un paso avanzado que se dá para salir de la iniquidad y conse-

guir la gracia, ó para verse libre del mal que nos aqueja y adquirir el bien que necesitamos. El publicano, hiriéndose el pecho, solemnemente decia: Señor, tened misericordia de mí, que soy un pecador; pero en ella confesaba su pecado, detestándolo y doliéndose de haberlo cometido; pedia el perdon y la gracia á quien únicamente podia dársela; esperaba conseguirlo supuesto que lo pedia, y así como deseaba ardentemente verse libre de la culpa que lo atormentaba, así anhelaba por alcanzar la gracia y el amor de su Dios. ¿Qué habia de seguirse á esto, sino lo que dice el mismo Jesucristo en la parábola? “Salió éste de su oracion justificado, cuando el fariseo solo atrajo sobre sí la indignacion divina.”

PETICION Y PROPOSITOS.

Nada es mas necesario que disponerse debidamente para la oracion; y tanto, que es una temeridad notoria ponerse á orar sin previa disposicion. Los que así lo hacen provocan á Dios y lo tientan, y ya se ve que son innumerables los que orando con frecuencia no sacan fruto alguno y antes son peores cada dia. Evitemos nosotros tal desgracia, trabajando con tanto orden y tanta solicitud en la oracion, que el fruto que logremos en una nos haga mas provechosa la siguiente, no permitiendo que la disipacion ni las pasiones nos hagan perder un ápice del bien espiritual que háyamos adquirido.

JACULATORIA.

Señor, en la sinceridad de mi corazón me he ofrecido á tí con todas mis cosas: Dios mio, conserva esta voluntad.

LECCION.

Sobre la parábola del fariseo y el publicano.

Ya otras veces hemos hablado de la hipocresía; mas es preciso volver á combatir tan feo y detestable vicio, por ser tan

comun en nuestro tiempo y contraerse á él el evangelio de hoy.

El manso cordero, aquel compasivo Señor que vió con ternura á una Samaritana prostituida, á un Zaquo injusto y á otros innumerables pecadores, jamas contuvo su santa indignacion cuando trataba de reprender á los hipócritas: toda su mansedumbre desaparece cuando habla de los fariseos. Como médico hábil proporciona los remedios á las enfermedades; y como quiera que el orgullo es una llaga mas honda que no se puede curar con la contemplacion y la dulzura, es preciso profundizarla para poder aplicarle el remedio. Por eso Jesucristo usa de una parábola tan terrible para desengañar á los fariseos de su tiempo y á los hipócritas del nuestro, pues jamas han abundado tanto como ahora, por ser el en que vivimos un siglo de superficialidades. Estos hombres que se jactan de instruidos en la ley de Dios, que creen la cumplen en todas sus partes, con la exactitud mas escrupulosa, confluados en sus buenas obras, se lisonjean de estar muy adelantados en el camino de la perfeccion; y no solo satisfacen su amor propio considerando sus buenas disposiciones, sino que comparándose con sus hermanos, sacan siempre la ventaja á su favor.

¡Ojalá no fuese tan comun este defecto entre las personas que se precian de virtud y probidad! El espíritu de murmuracion y de crítica, bajo el estilo de compasion, es tan general, que si se juzgase por la propia experiencia se podria decir que aun personas de buena conducta no se ven libres de él. ¡Desgraciada virtud, que tanto la desfiguran esas almas bajas! Oigamos los medios que dá Jesucristo para ocurrir á tamaña desgracia. Dos hombres, nos dice, subieron al templo á orar: el uno fariseo, y el otro publicano. Los fariseos eran hombres de primera distincion, graves y sérios en todas sus acciones, estudiaban continuamente la ley y procuraban conformar con ella el exterior de su conducta; eran los primeros en el templo, y se mantenian delante de Dios en largas oraciones. Su exterior anunciaba la mortificacion y penitencia, sus conversaciones eran siempre de la moral, y no contentos con esto llevaban escritas en sus vestidos las máximas de la ley. Celosos en ex-

tremo por la religion que profesaban, reprendian con severidad cualquiera transgresion por pequeña que fuese. Comunmente se les daba el título de maestros, se les concedian los honores mas singulares, y en las sinagogas y regocijos públicos ocupaban los primeros asientos. Esta es la idea que nos dan los libros santos de los fariseos. Véamos ahora quiénes eran los publicanos, y por este cotejo conoceremos la diferencia que habia entre estas dos clases.

Los publicanos eran unos cobradores de los tributos é impuestos del príncipe, y por esta causa eran casi generalmente odiados y despreciados, como sucede por lo regular con los que sirven tales destinos. Eran tenidos por las personas mas bajas y despreciables, de manera que bastaba tratar con frecuencia á un publicano para ser el objeto de la crítica de todas las gentes. Por eso los fariseos hablaban mal de Jesucristo, porque veian que bebia y comia con ellos familiarmente; y bien, ¿cuál de estos dos hombres seria mas digno de la atencion de Dios? ¿Quién tendria mejores disposiciones para impetrar y alcanzar sus misericordias? Si las exterioridades de virtud fuesen prueba de santidad, diriamos sin duda que el fariseo seria preferido al publicano; pero Dios, que conoce los secretos escondidos del corazon humano y que no se deja pagar con actos exteriores, nos enseña á discernir la verdadera y sólida justicia de la falsa y aparente. La oracion del fariseo se reducía á hacer una larga enumeracion de sus virtudes, en lugar de hacerla de sus necesidades. ¡O Dios, dice, gracias te doy porque no soy como los otros hombres! ¡O soberbia presuncion! ¿Conque no eres como los demas hombres? ¿Qué, habrás sido exento de la mancha vergonzosa comunicada á todo el linage humano?

Sigamos á este hipócrita en su corazon. La mayor parte de los hombres, dice, son codiciosos de los bienes ajenos; yo al contrario, me privo de ellos para alimentar al prójimo y pago con exactitud los diezmos. Los demas acomodan las leyes á sus caprichos y pasiones; yo no tengo otra ley que la de mi Dios, y la cumplo con toda eficacia: no me contento con obser-

var los preceptos, practico tambien muchos de consejo: ayuno los dias señalados y ademas los que puedo: los mas se dejan dominar de las inclinaciones mas vergonzosas, yo me contengo en los límites de la castidad: en fin, en nada me parezco á este publicano. ¡Qué orgullo tan refinado! Pero qué, ¿habrá cristianos que hablen de la misma manera delante de Dios? ¡Ah, cuán ingeniosos son los mas para aplicar á otros las verdades que oyen en los púlpitos ó que leen en los libros, al mismo tiempo que la presuncion y el amor propio los hacen ignorantes para no aplicárselas á sí mismos!

Dejemos ya al fariseo, hinchado con sus falsas virtudes, y fijemos nuestra atencion en el publicano, que era de una manera muy diversa. Este, conociendo que la casa de Dios es la mansion del recogimiento, y que entre la magestad del Señor y la pequeñez del hombre hay una distancia infinita, no se atreve á orar sino de lejos, temeroso de que Dios se irrite al verlo, por sus injusticias, ni aun osa levantar los ojos al cielo. Penetrado de dolor su corazon, hiere su pecho diciendo: Dios, muéstrate propicio á mí, pecador: soy pecador, y vos, Señor, sois misericordioso. Ved aquí en compendio la humilde y sincera oracion del publicano, de la que Jesucristo dice: éste y no aquel, descendió justificado. ¿Pues qué tenia á los ojos de Dios la oracion del publicano para ser eficaz y poderosa? Oraba con humildad, con sinceridad, con perseverancia y confianza: oremos nosotros con humildad, esto es, confesando nuestras faltas: oremos sin hacer comparaciones, viendo nada mas lo malo que hemos sido y lo mejor que pudiéramos ser: oremos con sinceridad. Hágase tu voluntad, Señor, y no la nuestra.



DOMINGO UNDECIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase comunmente este domingo en la iglesia romana, el domingo del sordo y mudo curado por Jesucristo, porque en el Evangelio de este dia se cuenta la historia de este milagro. Para la Epístola de la misa de este dia se ha tomado el pasaje de la carta que San Pablo escribia á los corintios, en que despues de haberles dado cuenta del modo con que habia anunciado el Evangelio, les dice que no les ha enseñado, y como dejado en depósito, sino lo que habia recibido de Jesucristo. El introito de la misa expresa perfectamente los sentimientos y afectos de un corazon animado de una viva fé en este divino Salvador, y lleno de una santa confianza en su bondad y en su omnipotencia.

“Veo al Señor en la nueva Sion: en ella ha congregado á los hombres y los ha unido, infundiéndoles unos mismos sentimientos y dándoles unas mismas leyes. El Dios de Israel inspira aliento y fortaleza á su pueblo, y lo hace temible á sus enemigos. Con solo que este Dios, se presente y se levante, serán disipados sus enemigos, y huirán de su presencia los que sacuden el yugo de sus leyes.” Este Salmo es uno de los mas magníficos y mas admirables que compuso David. En él hace el profeta una relacion de los diversos prodigios del Antiguo Testamento, que fueron figura de lo que debia suceder en el Nuevo, y en especial de todas las maravillas que habia de obrar el Salvador. Esto es lo que hace empezar este cántico con estos términos entusiásticos y con estas expresiones enfáticas: “Levántese Dios y sean Disipados sus enemigos, y retírense de su presencia todos sus contrarios. Desaparezcan los impíos delante del Señor, como el humo se desvanece con el viento, ó como la cera que el fuego disuelve en un momento; pero hagan fiesta los justos, y regocíjense viendo á su Dios y su libertador. Pueblos fieles, celebrad la gloria de Dios, cantad salmos á honra suya.”